

## El espejo boliviano

Nicolás Lynch

La caída de Sánchez de Lozada podría considerarse el epitafio del modelo neoliberal a ultranza en América Latina. Si bien Bolivia no fue el primer país de la región en adherirse al Consenso de Washington, su viraje político y económico en 1985, que tuvo como arquitecto al propio Sánchez de Lozada, marcó un hito que parecía no iba a aceptar contramarchas. Hoy, 18 años después, las cifras demuestran que Bolivia es tan o más pobre que antes, pero con una gran diferencia, ya vendió la mayor parte de sus empresas públicas y recursos naturales. La reacción frente a esta realidad, expresada en el rechazo a la venta del gas, no es sino un ajuste de cuentas con un modelo que quizás haya rendido utilidades para algunas transnacionales, pero no para el pueblo boliviano.

El fracaso, sin embargo, no es sólo boliviano. Bolivia es un caso más del fracaso de las transiciones a la democracia con economía de mercado en versión neoliberal. La gente en América Latina, según lo muestran repetidamente las encuestas, está decepcionada del régimen democrático por su mala performance económica, debida a la imposición de modelos ajenos a nuestros intereses nacionales. Estos modelos benefician a unos cuantos y eventualmente elevan el nivel de vida de las élites, pero dejan en la orfandad a la inmensa mayoría de la población. Diferentes voceros del neoliberalismo han tratado de resaltar una supuesta irracionalidad en el movimiento social boliviano por oponerse a la venta del gas de forma absoluta. Sin embargo, no se ven las cosas desde el otro lado ¿para qué vender el gas si en Bolivia no se va a quedar sino una pequeñísima fracción de la utilidad, que no supera el 10% del conjunto del negocio? Lo que hacen las mayorías bolivianas no es, nada más, que un cálculo económico desde el otro lado del mostrador. ¿Es esto anti-moderno? De ninguna manera. Sólo si se entiende modernidad como el bienestar de unos sobre la base de la miseria de los más se puede hacer esta crítica. Lo que sí, ciertamente, es un golpe al criterio de integración a la modernidad que los Estados Unidos nos ha estado vendiendo, con especial fuerza, en las últimas décadas.

Es interesante que el tema haya reventado en Bolivia cuando en el Perú se discute la posibilidad de un tratado de libre comercio con Estados Unidos. Una cosa de ninguna manera está desligada de la otra porque ambas tienen que ver con una forma de relacionarse con el mercado mundial globalizado. La pregunta, tal como se la han hecho los bolivianos debe ser ¿qué gana el Perú con un tratado de libre comercio con Estados Unidos? Y con esto no me refiero a qué gana tal o cual compañía o grupo de interés, que seguramente tiene alguna exoneración y no paga impuestos, sino qué ganan los peruanos comunes y corrientes que ven sus bolsillos igual de vacíos que siempre.

Lo importante de los sucesos bolivianos estriba en que empujan a redefinir la relación entre economía y política en la región, donde el primer punto de la agenda es que los gobernantes no pueden seguir tomando decisiones económicas, que afectan a toda la población, al margen de la voluntad ciudadana. Y segundo, que la democracia necesita una articulación distinta con la economía de mercado, que pase por establecer los necesarios mecanismos de planificación y control para que ésta pueda rendir sus frutos en beneficio de toda la sociedad y no sólo de los grandes propietarios.

Un mensaje especial para el Perú es que no se puede continuar insistiendo en las claves del fujimorismo económico, tal como aparece cuando se decide retirar al país del G-21. Por el camino de la sumisión y lo demuestra Bolivia, no hay desarrollo.